Algo más sobre las fuentes de «El rufián dichoso» de Cervantes

Miguel Zugasti

GRISO — Universidad de Navarra

A mi tío, el P. Javier Zugasti (OP),
que, como el protagonista cervantino,
también se marchó para México.

Desde antiguo, la crítica se viene preocupando por localizar las fuentes que pudo manejar Cervantes a la hora de componer *El rufián dichoso*. Esta es la única comedia cervantina de asunto hagiográfico, y aunque su protagonista, fray Cristóbal de la Cruz (OP), no ha subido a los altares, la fama de santidad le acompañó desde el momento mismo de su muerte († México, 1569) y se divulgó en seguida por tierras de América y España. En 1605, en un conocido episodio del *Quijote*, Cervantes —por boca del canónigo— nos ofrece su parecer sobre las comedias divinas (hagiográficas o de vidas de santos):

> ¿Pues qué, si venimos a las comedias divinas? ¡Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga a la comedia. Que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias (I, 48).

La verdad de la historia, pues, ha de ser el eje de las comedias de asunto religioso, y Cervantes será consecuente con ello cuando escriba *El rufián dichoso*, dejándonos avisos de este tenor en las acotaciones: «Todo esto es verdad de la historia»; «Todo esto desta máscara y visión fue verdad, que así lo cuenta la historia del santo»; «Todo esto fue así, que no es visión supuesta, apócrifa ni mentirosa»; «Esta visión fue verdadera, que ansí se cuenta en su historia»; o «Todo fue ansí»[1]. Américo Castro [1972: 74] ve una ironía «clarísima» en esta batería de notas, pero si no las sobreinterpretamos y nos ceñimos a su literalidad, lo único que nos está diciendo el dramaturgo es que las visiones y milagros que introduce en su texto no se los está inventando él, sino que los toma al pie de la letra de alguna «historia del santo». El problema crítico radica en saber si hoy somos capaces de dar con el libro o fuente exacta que le sirvió de base a Cervantes para elaborar su personal dramatización del caso.

En breves trazos, la biografía del santo-rufián protagonista puede resumirse así: Cristóbal de Lugo nació en Sevilla, en el seno de una familia humilde (al parecer su padre era tabernero), llevando una vida apicarada y rufianesca que luego prolongó en Toledo. En esta ciudad fue paje del licenciado e inquisidor Francisco Tello de Sandoval, a cuya vera estudió gramática y artes. En Toledo, a instancias de Sandoval, cambia de vida, siendo ordenado diácono y, después, sacerdote. En 1544 Tello de Sandoval es nombrado visitador de México (visitó la audiencia, el virrey y promulgó las Leyes Nuevas), llevándose consigo a Cristóbal de Lugo como capellán. Sandoval concluye su visita en 1547 y regresa a España, pero Cristóbal se queda en México y toma el hábito dominico (9 de julio de 1547), llamándose a partir de ahora fray Cristóbal de la Cruz. Un año después (11 de julio de 1548) profesa sus votos y queda asignado al convento de México. Allí fue primero maestro de novicios (1549-1555) y después prior (1556-1558). Al final de su priorato se le diagnosticó lepra, la cual fue interpretada como signo de santidad. En 1559 es elegido prior del convento de Oaxaca, pero poco después, por razones de salud, pidió ser absuelto de su cargo, derivando de nuevo al convento de México, ahora como lector de gramática y maestro de novicios. En 1560 el agravamiento de su enfermedad lo obliga a dejar de ser maestro de novicios. Esto no impidió que entre 1562-1565 fuera elegido provincial de la Orden, visitando la provincia al completo en largos y penosos viajes a caballo, a pesar de su lepra (en 1564 solicitó en capítulo provincial ser relegado del cargo, pero su demanda no fue atendida). Concluido su provincialato, vuelve a ser asignado al convento de México, donde morirá en el año 1569.

[1] Acotaciones a los vv. 1643, 1743, 1759, 2266 y 2427. Las citas de *El rufián dichoso*, con indicación del número de verso, proceden de la edición de Sevilla Arroyo y Rey Hazas [1998].

Los cronistas dominicos hablan de él con prolijidad e insistencia, otorgándole de forma unánime el título de santo, junto a otros apelativos como bienaventurado, bendito, varón de Dios, amigo de Dios, siervo de Dios, etcétera. He aquí un listado no exhaustivo de historiadores de la Orden de Predicadores que se ocupan de fray Cristóbal de la Cruz:

—Agustín Dávila Padilla, *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores, por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, Pedro Madrigal, Madrid, 1596 (libro II, caps. 15-28).

—Alonso Fernández, *Historia eclesiástica de nuestros tiempos*, Viuda de Pedro Rodríguez, Toledo, 1611 (cap. 26).

—Juan López, Obispo de Monópoli, *Cuarta parte de la historia general de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores*, Francisco Fernández de Córdoba, Valladolid, 1615 (caps. 27-30).

—Hernando Ojea, *Libro tercero de la historia religiosa de la provincia de México, de la Orden de Santo Domingo* (hay edición en Museo Nacional, México, 1897, pero el autor nació en 1560).

—Francisco Burgoa, *Geográfica descripción* [...] *y sitio astronómico de esta Provincia de Predicadores de Antequera Valle de Oaxaca*, Juan Ruiz, México, 1674.

—Juan Bautista Méndez, *Crónica de la provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores: 1521-1564* (edición moderna en Porrúa, México, 1993, pero el manuscrito original se escribió entre 1685-1689).

—Alonso Franco, *Segunda parte de la historia de la provincia de Santiago de México, Orden de Predicadores en la Nueva España* (Museo Nacional, México, 1900).

De todos estos *items*, en realidad Cervantes sólo podría haber manejado los dos o tres primeros, pues los demás o estaban inéditos o son muy posteriores a 1615, fecha de la primera edición de *El rufián dichoso*, dentro de las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados*. Es conocida la afición del autor del *Quijote* por los libros devotos [Bataillon, 1966: 778], y quizás sea casualidad, pero disponemos de un par de referencias de obras escritas —precisamente— por dominicos, que llamaron su atención. Si hacemos caso a Astrana Marín [1952: 463-64], en una subasta de libros efectuada en Sevilla en 1590, Cervantes compró una *Historia de Santo Domingo* por treinta reales; de acuerdo con la fecha, Astrana Marín opina que «es casi seguro se trata de la *Primera parte de la Historia General de Santo*

Domingo y de su Orden de Predicadores, por el maestro fray Hernando del Castillo (Madrid, Francisco Sánchez, 1584)». La segunda referencia se localiza en el *Quijote* de 1615, capítulo 62, cuando D. Quijote visita una imprenta de Barcelona y ve un libro titulado *Luz del alma*, que le suscita el siguiente comentario: «Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados». El libro en cuestión resulta ser un famoso catecismo de fray Felipe de Meneses (OP), *Luz del alma cristiana*, muy reeditado en el siglo xvi.

A la vista de estos datos, es lógico suponer que Cervantes hurgara entre la bibliografía de la Orden de Predicadores para documentarse sobre la vida de fray Cristóbal de la Cruz. Volviendo al listado arriba expuesto, la crítica cervantina ha trazado los necesarios puentes entre esas crónicas dominicas y la materia de *El rufián dichoso*, intentando dar con un texto de referencia. Hazañas de la Rúa [1906: 53] sugiere que pudo ser la *Cuarta parte de la historia general de Santo Domingo*, del Obispo de Monópoli, pero lo tardío de su impresión (es de 1615, el mismo año que se editó la comedia) dificulta en extremo que Cervantes alcanzara a leerla. Más atinado parece estar Cotarelo Valledor [1915: 349-388], quien propuso como probable fuente la *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores* (1596), de Dávila Padilla. En efecto, este dominico traza una amplia biografía de fray Cristóbal de la Cruz (libro II, caps. 15-28, pp. 474-572) y, a primera vista, todo casa bastante bien con lo extractado por Cervantes a la hora de configurar los elementos básicos de su comedia.

Durante más de medio siglo los estudiosos han convenido unánimemente con Cotarelo Valledor, pero la situación cambiará a partir de Canavaggio [1977: 46-53], quien llama la atención sobre un nuevo texto desatendido hasta entonces, que pertenece a un agustino y no a un dominico, de ahí que tardara tanto en ser detectado. Se trata del *Consuelo de penitentes o Mesa franca de espirituales manjares*, de fray Antonio de San Román (OSA), que gozó de una primera edición en 1583 (Salamanca, Alonso de Terranova y Neyle) y de una segunda edición corregida en 1585 (Sevilla, Andrea Pescioni-Juan de León). Estamos ante un manual de devoción que se divide en dos partes, la última de ellas formada por cinco tratados. Pues bien, el penúltimo tratado se titula así: «Tratado cuarto del consuelo de penitentes: donde se pone en summa la vida de los nueve varones de la fama de las Indias de la Nueva España, para consuelo de los que en toda parte buscan a Dios, y para confusión de los que por estar en Indias se escusan de ser virtuosos» [fols. 419v-474v de la edición de 1585]. Los nueve religiosos biografiados (o sea, «los nueve varones de la fama») son tres agustinos (fray Juan Baptista de Moya, fray Antonio de Roa y fray Francisco

de la Cruz), tres franciscanos (fray Martín de Valencia, fray Andrés de Olmos y fray Juan de Sant Francisco) y tres dominicos. A los efectos nos interesa ahora lo que se dice de estos tres últimos, que son: nuestro «dichoso rufián» fray Cristóbal de la Cruz (fols. 457v-465v), fray Domingo de Betanzos (fols. 465v-470r) y fray Tomás del Rosario (fols. 470r-474v).

Volviendo al estudio de Canavaggio, *Cervantès dramaturge* [1977], este crítico puso de relevancia que ya no cabe seguir hablando de una influencia exclusiva de Dávila Padilla sobre Cervantes, debiendo tenerse muy en cuenta a partir de ahora la aportación del *Consuelo de penitentes*, de San Román, quien —creemos— fue el primero en esbozar una biografía de fray Cristóbal de la Cruz. En futuros trabajos [1990 y 1991[2]] el propio Canavaggio es más audaz a la hora de romper con el peso de la tradición crítica, y demuestra con gran rigor cómo Cervantes, en detalles muy significativos de la comedia, se distancia de Dávila Padilla y se aproxima a San Román [Canavaggio, 1990: 466-67]: 1) Cristóbal fue hijo de un «tabernero»; 2) era muy práctico en la jerigonza o habla rufianesca; 3) no tuvo tratos con prostitutas o mujeres deshonestas; 4) apostó todo su futuro en una partida de cartas, determinando hacerse «salteador» si perdía. La coincidencia de *El rufián dichoso* con el *Consuelo de penitentes* en estos cuatro puntos es total, y en cambio se aprecian sutiles diferencias con la *Historia* de Dávila Padilla: 1) éste habla de la «pobreza y humildad» [p. 476a] de su familia, pero no cita el oficio de tabernero del padre; 2) incide en las pláticas «llenas de retos, amenazas, libertades y deshonestidades» [p. 477a] de Cristóbal, pero nada dice de que fuera perito en la jerga de los maleantes; 3) se insiste en que durante su juventud sí tuvo tratos carnales ilícitos: todo lo encaminaba a «pretensión de mujeres» [p. 476b], se ocupaba «en libertades de mozo enamorado» [p. 477b], tras convertirse nunca volvió a su «afición de mujeres» [p. 479b]; 4) aparece la apuesta de cartas, pero si pierde se hará «ladrón» [p. 477b], que no salteador.

Tras constatar estas diferencias, creo que bien puede avanzarse un paso más y declarar sin ambages que Cervantes no necesitó recurrir a la prolija *Historia* de Dávila Padilla (dedica a Cristóbal de la Cruz nada menos que 99 páginas de gran tamaño) para documentarse sobre su protagonista, pues los rasgos mayores presentes en *El rufián dichoso* ya figuraban tal cual en el *Consuelo de penitentes*; con la ventaja añadida de que este último, a causa de su brevedad y concisión (9 folios en tamaño octavo), se convierte en un texto idóneo para ser adaptado a las tablas, tal y como dicta la ley de la necesaria economía dramática. Todos aquellos episodios en los que Cervantes apela a la verdad de la fuente (ver *supra*, nota 1), como pueden ser la

[2] En ambos casos se habla por error de fray Alonso de San Román, cuando debería decir fray Antonio de San Román.

conversión de doña Ana Treviño[3], las tentaciones que sufre fray Cristóbal con ninfas lascivas y el diablo en figura de oso, etcétera, ya estaban debidamente consignados por fray Antonio de San Román. Pero hay una excepción, tan pequeña como reveladora, que nos permitirá esbozar una nueva hipótesis sobre la fuente real manejada por Cervantes, alterando en parte el panorama descrito hasta ahora.

Un detalle en el que no se ha insistido demasiado es que el libro de San Román, sobre todo en los aportes biográficos de los «nueve varones de la fama» que figuran en su tratado cuarto, fue utilizado con esmero por otros cronistas e historiadores de la evangelización en Indias. He aquí por los menos tres de ellos:

—Juan de Marieta (OP), *Historia eclesiástica de todos los santos de España*, dividida en cuatro partes, de las cuales interesa la *Segunda parte de la historia eclesiástica de España, que trata de la vida de Santo Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, y de San Vicente Ferrer y otros santos naturales de España de la mesma Orden*, Pedro del Valle, Cuenca, 1596. [Pero con colofón de 1595].

—Alonso Fernández (OP), *Historia eclesiástica de nuestros tiempos*, Viuda de Pedro Rodríguez, Toledo, 1611.

—Antonio Daza (OFM), *Cuarta parte de la crónica general de nuestro Padre San Francisco y de su Apostólica Orden*, Juan Godines de Millis y Diego de Córdoba, Valladolid, 1611.

Nos vamos a centrar ahora en el primero de ellos, Juan de Marieta, quien al hablar sobre los dominicos que pasaron a Nueva España nombra a los tres biografiados por San Román, que son, recuérdese: Cristóbal de la Cruz, Domingo de Betanzos y Tomás del Rosario. Los cita además por este orden y, lo que es más importante, traslada casi al pie de la letra, con leves cambios de estilo, lo mismo que ya figuraba escrito en el *Consuelo de penitentes*[4]. Reproduzco en el apéndice I el texto íntegro de Marieta sobre fray Cristóbal de la Cruz, que podrá cotejarse con el de San Román para certificar su total dependencia (la versión de San Román puede leerse también en Canavaggio, 1990: 470-76).

La principal diferencia entre ambos estriba en que lo que en el *Consuelo de penitentes* es texto corrido, sin división alguna, en la *Segunda parte de la historia eclesiástica de España*, de Marieta, se distribuye la materia por capítulos, otorgando a

[3] Así se lee el nombre de esta dama en Cervantes, «Ana Treviño», aunque San Román transcribe «Anna Tremiño». Por su parte, Marieta (ver *infra*, apéndice I) dirá «Ana Tremiño», y Dávila Padilla «Ana Treviño».

[4] Al principio de su extenso libro, Juan de Marieta ofrece una lista de «Nombres de los autores que van citados en esta obra», donde figura fray Antonio de San Román y su *Consuelo de penitentes* o *Mesa franca de espirituales manjares*.

cada uno de ellos un título distinto. Así, a Cristóbal de la Cruz le corresponden los capítulos 77-82 del libro XII, a Domingo de Betanzos los caps. 83-87 y a Tomás del Rosario los caps. 88-90. Llegados a este punto, es tal el calco de Marieta respecto de San Román que no sería posible determinar cuál de ellos leyó Cervantes antes de escribir *El rufián dichoso*. Pero la ley del error común sí que nos permitirá conjeturar con un alto grado de certeza que en realidad la fuente cervantina es Juan de Marieta y no Antonio de San Román. Es así que la *Segunda parte de la historia eclesiástica de España*, a la hora de poner título a todos y cada uno de los capítulos, incurre en un grave despiste, achacable sin duda a los componedores del libro y no a Juan de Marieta. Y es que tras copiar todo lo que dice el *Consuelo de penitentes* sobre fray Cristóbal de la Cruz en los capítulos 77-82, se hace lo propio con fray Domingo de Betanzos (83-87) y con fray Tomás del Rosario (88-90). Será en el penúltimo capítulo, en el 89, donde surja el error, pues siendo evidente que Marieta no se aparta un ápice de San Román y que ya hemos saltado a la figura de fray Tomás del Rosario, el titulillo asignado a este capítulo reza así: «De la grande devoción y contemplación que tenía en Dios el santo fray Cristóbal». Esto es, se anota equivocadamente el nombre de fray Cristóbal, cuando el que debería figurar es el de fray Tomás, a quien en verdad le corresponde todo lo ahí escrito, tal y como se observa en el *Consuelo de penitentes*: véanse de modo especial los fols. 471r-472v de la edición de 1585 (reproducidos en el apéndice II) y cotéjense con el capítulo 89 de Marieta (apéndice I).

Un lector de Juan de Marieta, como por ejemplo Cervantes, no puede saber que se ha cometido tal error, y de ese modo lee lo siguiente:

> Capítulo 89
>
> *De la grande devoción y contemplación que tenía en Dios el santo fray Cristóbal*
>
> Era por estremo grande la devoción que tenía a la **imagen de Cristo crucificado** y, así, le hallaban casi siempre **derribado a sus pies**, lavándolos con sus abundosas lágrimas [...]. Pero ya que el sueño corporal no le rendía, vencíale el divino y celestial, y **trasportábase en oración**, de suerte que **teniendo los ojos de la carne abiertos, parecía estar difunto.**
> Acaeció que una vez, **andándole a buscar por la casa** para que viniese a cierta necesidad que se ofreció, lo hallaron en la oración, y **llamándole a voces no oía**. Llegándose a él, aunque con harto pavor, tirándole de la ropa y **dándole voces, no respondía**. Hasta que a cabo de buen espacio comenzó a alegrar el rostro y responder, así como un hombre que habla entre sueños[5].

[5] El énfasis es mío.

Retornando al capítulo 79, esta vez ya sin error, Cervantes leyó esto sobre las tentaciones diabólicas sufridas por fray Cristóbal:

Capítulo 79

De cuán devoto fue del Santísimo Sacramento del altar, y algunas tentaciones que el demonio le armó

Aparecíale el demonio con una **multitud de mozuelas en corro, que las traía bailando y tañendo**, pero viendo cuán poco efeto hacían volvían y tornábanse a ir[6].

Cervantes, con criterio certero, combina ambos pasajes y apura su sentido dramático y espectacular, de donde resultará la siguiente escena de *El rufián dichoso* (vv. 1732-1759):

Antonio. **La celda del padre Cruz**
está abierta, ciertamente;
ver quiero este penitente,
que está a escuras y es de luz.

Abre la celda; parece el padre Cruz, ***arrobado, hincado de rodillas, con un crucifijo en la mano.***

¡Mirad qué postura aquella
del bravo rufián divino,
y si hallará camino
Satanás para rompella!
Arrobado está, y es cierto
que, en tanto que él está así,
los sentidos tiene en sí
tan muertos como de un muerto.

Suenan desde lejos ***guitarras y sonajas, y vocería de regocijo.*** *(Todo esto desta máscara y visión fue verdad, que así lo cuenta la historia del santo).*

Pero ¿qué música es ésta?
¿Qué guitarras y sonajas,
pues los frailes se hacen rajas?
¿Mañana es alguna fiesta?

[6] El énfasis es mío.

Aunque música a tal hora
no es decente en el convento.
Miedo de escuchalla siento;
¡válgame Nuestra Señora!

Suena más cerca.

¡Padre nuestro, despierte,
que se hunde el mundo todo
de música! No hallo modo
bueno alguno con que acierte.
La música no es divina
porque, según voy notando,
al modo vienen cantando
rufo y de jacarandina.

Entran a este instante seis con sus máscaras, vestidos como ninfas, lascivamente, y los que han de cantar y tañer, con máscaras de demonios vestidos a lo antiguo, y hacen su danza. (Todo esto fue así, que no es visión supuesta, apócrifa ni mentirosa)[7].

Siendo como es fiel a Marieta (enfatizo en negrita los calcos evidentes), con mucha razón podía argüir Cervantes que todo lo relativo a la «visión» y a la «máscara» fue verdad, según lo cuenta la «historia del santo» (caps. 89 y 79, por este orden). Pero Cervantes es víctima de una pequeña burla del destino, y la escena de Cristóbal «arrobado» con un crucifijo en la mano, ajeno a los sentidos corporales, es apócrifa. Lo que en San Román se atribuye a fray Tomás del Rosario, en Marieta, por error, se aplica a fray Cristóbal de la Cruz, y de aquí pasa ya directamente a *El rufián dichoso*. A pesar de su apego y fidelidad a la fuente, Cervantes queda inerme ante el error ajeno y asigna a su protagonista un pequeño episodio acaecido a otro fraile, por lo que involuntariamente cae en aquello que él mismo aconsejaba evitar en el arriba citado pasaje del *Quijote*, I, 48: «¡Qué de milagros falsos fingen en ellas [las comedias de santos], qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro!».

En conclusión: Cervantes, al decidirse a escribir una comedia de santos como *El rufián dichoso* con fray Cristóbal de la Cruz (OP) de protagonista, lo primero que hizo fue documentarse sobre el personaje en algún libro de devoción de la época. Al ser este santo un fraile dominico, es bastante lógico que recurriera a textos

[7] El énfasis es mío.

emanados por la propia Orden de Predicadores (a la cual parecía tener particular afición). Es así como accedió a la *Segunda parte de la historia eclesiástica de España* (1596), de Juan de Marieta (OP), a quien sigue de cerca, secundándole también en el error advertido en el capítulo 89 del libro XII, donde se atribuye a fray Cristóbal un episodio que aconteció a otro religioso. Sabemos a su vez que Marieta toma su información del *Consuelo de penitentes* de Antonio de San Román (OSA), pero en este caso no existe el error, por lo cual cabe deducir que Marieta es la fuente directa o primaria manejada por Cervantes, quedando San Román relegado a fuente indirecta o secundaria.

Bibliografía

Astrana Marín, Luis [1952]: *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Instituto Editorial Reus, Madrid, vol. 4.

Bataillon, Marcel [1966], *Erasmo y España*, Fondo de Cultura Económica, México.

Canavaggio, Jean [1977]: *Cervantès dramaturge. Un théâtre à naître*, Presses Universitaires de France, París.

—[1990]: «Para la génesis del *Rufián dichoso*: el *Consuelo de penitentes* de fray Alonso [sic] de San Román», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII, 2, pp. 461-476.

—[1991]: «La conversión del rufián dichoso: fuentes y recreación», en *On Cervantes: Essays for L. A. Murillo*, ed. J. A. Parr, Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, pp. 11-19.

Castro, Américo [1972]: *El pensamiento de Cervantes*, Noguer, Madrid. (Nueva edición ampliada y con notas del autor y de J. Rodríguez-Puértolas).

Cervantes, Miguel de [1998]: *Los baños de Argel. El rufián dichoso*, eds. F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Alianza-Centro de Estudios Cervantinos, Madrid (Cervantes completo, 14).

— [1998]: *Don Quijote de la Mancha*, ed. dirigida por F. Rico, Instituto Cervantes-Crítica, Barcelona.

Cotarelo Valledor, Armando [1915]: *El teatro de Cervantes. Estudio crítico*, Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid.

Dávila Padilla, Agustín (OP) [1596]: *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores, por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, Pedro Madrigal, Madrid.

Hazañas de la Rúa, Joaquín [1906]: *Los rufianes de Cervantes*, Izquierdo y Compañía, Sevilla.

Marieta, Juan de (OP) [1596]: *Segunda parte de la historia eclesiástica de España, que trata de la vida de Santo Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, y de San Vicente Ferrer y otros santos naturales de España de la mesma Orden*, Pedro del Valle, Cuenca. [El colofón señala el año 1595]. Manejo ejemplar de la Universidad de Navarra: FA 133.322.

San Román, Antonio de (OSA) [1585]: *Consuelo de penitentes, o mesa franca de spirituales manjares [...]. Ahora nuevamente corregido y enmendado por el mismo autor en esta segunda impresión*, Andrea Pescioni-Juan de León, Sevilla. [1ª edición en 1583: Alonso de Terranova y Neyle, Salamanca]. Manejo ejemplar de la Universida de Navarra: FA 135.077.

Apéndice I: Juan de Marieta

Segunda parte de la historia eclesiástica de España, que trata de la vida de Santo Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, y de San Vicente Ferrer y otros santos naturales de España de la mesma Orden. Compuesto por el reverendo Padre fray Juan de Marieta, de la mesma Orden, natural de la ciudad de Victoria, Cuenca, Pedro del Valle, 1596. [Pero el colofón reza 1595].

[Se reproducen los capítulos 77-82 y 89 del libro XII, fols. 158v-161v y 164r].

Capítulo 77
Del santo fray Cristóbal de la Cruz, de la mesma Orden de Santo Domingo, que floreció en la Nueva España

Entre otros muchos Padres que desta sagrada religión de Santo Domingo han florecido en santidad en aquellas partes de Indias Ocidentales, han venido a mi noticia sólo tres, que son los que aquí se siguen. El uno dellos llamado fray Cristóbal de la Cruz, y el otro fray Domingo de Betanzos, y el otro fray Tomás del Rosario. Todos tres naturales de España, y con ser todos grandísimos santos, este santo fray Cristóbal fue una señalada voz

que llama a pecadores, porque su trato y modo de vivir antes que entrase en religión era muy conforme con la ley que el mundo guarda.

Fue natural de la ciudad de Sevilla y crióse en casa del Licenciado Tello de Sandoval, en c[u]ya c[a]sa estudió las letras de la latinidad y artes; siguiendo al dicho Licenciado, siendo Inquisidor en Toledo, donde como destraído se ocupaba en juegos y en los demás ejercicios, que es libertad y olvido de Dios y malas compañías acarrean; muy prático en la jerigonza y lenguaje de ladrones con quien él andaba, y tan experto entre ellos que ya le convidaban con piezas particulares para que se encargase dellas y las tuviese en su nombre en lugares públicos. Este partido no lo quiso aceptar, porque aunque era gran pecador tenía una alma temerosa y muy sentida de conciencia, y así no osaba ponerse en tan manifiesto peligro de alma y vida. Por esto, si pecaba, era con lágrimas y rezando primero los psalmos penitenciales por las ánimas de purgatorio, de quien era muy devoto, pidiendo a Dios no perdiesen los fieles difuntos el fruto de aquella oración por ser él malo. Como seguía el juego y le faltaba el dinero, concertose con unos perdidos que andaban a robar de irse con ellos en su compañía, y sentose una vez a jugar el libro de las súmulas, con determinación que si entonces perdía tomaría el oficio de salteador.

Ordenó el Señor que ganase y, salido de allí, púsose a considerar el camino que llevaba, y como de nueva luz visitado abrió los ojos del entendimiento y comenzó a retirarse de aquellas compañías malas. Y aplicándose a su estudio vino a recibir orden sacra; y desde que se ordenó de Epístola fue tan notable la mudanza que la mano de Dios hizo en él, que como él confesó a un su gran familiar amigo, nunca jamás desde entonces tuvo voluntad de pecar, ni se ensució en hecho carnal, antes se dio tanto a la oración y contemplación y leción de libros sagrados y devotos y ejercicios de penitencia, que en España antes que pasase a Indias, y después de pasado, era notable su fama de santidad.

Proveyeron después por visitador de la Nueva España a su amo, el Licenciado Sandoval, y así hubo de pasar con él a aquellas partes, porque tanto era el amor que le tenía que no se hallaba sin él un punto. Y la razón de hacer tan bien su oficio el visitador fue porque en todo se guiaba por el consejo y parecer de Cristóbal de Lugo, que era éste su apellido en el siglo. Notable pena recibió el visitador cuando vio que se quedaba en aquella tierra su querido padre y capellán.

Capítulo 78

De cómo tomó el hábito de Santo Domingo, y algunas virtudes suyas

Luego que se vio horro de la obligación del visitador, para mejor cumplir sus buenos deseos de servir a nuestro Señor enteramente, tomó el hábito de Santo Domingo en la ciudad de México, de la Nueva España. Y hecha profesión, luego la Orden puso los ojos

en él como en un varón santo, y escogiólo para maestro de novicios de aquella casa. En este oficio hizo tanto fruto que sacó de su mano hombres santos, cuales hoy viven testigos desta verdad. Era tan escogido maestro de verdad y humildad, que en sólo enseñar esta virtud parece que ponía todo su estudio. Así, era gloria de Dios cuán vivamente la plantaba en los corazones de sus súbditos. La plática común de sus novicios era el amor de padecer injurias, y así trataban de sufrir afrentas para ejercicio de ellas. No había entre ellos quien quebrase el silencio ni saliese de su recogimiento. Tenían los frailes del coro envidia a los frailes legos, deseando su estado, por ser el que se ocupa más en humildad y caridad con los prójimos. Como entre otros se suelen buscar las cosas de curiosidad en que ponen su consuelo, buscaban éstos lo más vil y desechado, privándose de todo aquello a que se veían aficionados, porque el común decir deste santo era: «Negad vuestra voluntad y tened por cierto que en todo lo que vuestra afición está asentada, allí tiene parte el adversario. Aunque sea la imagen del crucifijo, si allí está puesto nuestro amor como en prenda que poseemos, tras la imagen está el enemigo escondido».

Este su predicar de humildad no era dotrina especulativa sacada de papeles, sino era predicación prática, porque era humildad de corazón y obras, las cuales mostraban eficazmente lo que él enseñaba: que entonces hace efeto la predicación y la dotrina, cuando ven los oyentes poner por obra el maestro lo que enseña por palabra. Así dice San Lucas de Cristo nuestro Señor, que primero obraba que predicaba; y San Gregorio dice que más mueven para convertir al pecador los ejemplos práticos del maestro que las palabras. Esto mesmo hacía San Pablo, predicador de las gentes, que castigaba su cuerpo y lo traía en perpetua servidumbre con ayunos, oraciones, vigilias y persecuciones. Porque predicando él aquellas cosas con palabras, las imitasen con ejemplo, y así les decía muy bien que fuesen imitadores suyos. Era, pues, este santo enemigo de sí mesmo y de sus cosas por extremo. Huía de escribir algo que tuviese parecer de sabiduría, porque siempre decía: «La humildad y silencio son las guardas de la gracia».

Su gran descanso era ser abatido, y así clamaba con gran espíritu diciendo: «¡Oh!, si acabasen de salir de engaño en estimarme algo, pues soy criatura tan sin provecho». Si le loaban, con gran sentimiento decía: «Allá irás, fray Cristóbal, delante el soberano juez que conoce lo que cada uno merece, y verán estos ciegos que me alaban y engrandecen cuán engañados viven en hacer caso de un hijo de un tabernero». Diciendo otros denuestos desta calidad contra sí con tantas veras que daba bien a entender que no andaba a caza de gloria con palabras humildes. Y estaba tan vivo en conocer espíritus que de ninguna manera admitía palabras que de lisonja le dijese, por muy disimuladas que fuesen. Y esto es lo que, a mi ver, busca Dios cuando de tan grandes pecadores como éste era hace tan grandes santos como ahora es. Porque de las muchas culpas y grande luz del cielo nace una excelente humildad cual se contempla en este siervo de Dios.

Su oración era perpetua, pasando lo más de la noche en contemplación en el coro, donde visiblemente se robaba con la pujanza de la devoción y sentimiento del espíritu, de donde salía muchas veces diciendo: «¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!», donde se le pasaba la noche sin dormir, gozando de la visita del cielo. Su consideración arrimaba siempre a los méritos de nuestra redención por el Rosario, y en los cinco misterios —de los quince— se le pasaba un día, remudándolos siempre por las ferias de la semana. El domingo los contemplaba todos juntos. Nunca dejó de rezar el oficio de nuestra Señora, de quien era devotísimo. Desde que supo leer rezó siempre los psalmos penitenciales, y cada día decía una vigilia por las ánimas de purgatorio, de quienes era muy devoto. Siempre que pasaba por iglesias o cimiterios hacía oración por los difuntos. Tenía, sin esto, por particulares devotos suyos a San Jerónimo, a la Magdalena y a Santa Úrsula, con sus compañeras, de suerte que con esta ocupación no gastaba rato de tiempo ocioso en conversación humana.

Capítulo 79
De cuán devoto fue del Santísimo Sacramento del altar, y algunas tentaciones que el demonio le armó

Fue su devoción al Santísimo Sacramento por estremo señalada y, así, no se hallaba sino en la presencia de su Majestad. Toda su ansia era el recibir a Dios cuotidianamente, y lo que encargaba a todo género de afligidos era la frecuencia de la comunión santa. Una noche, estando en oración, vio un gran resplandor en el altar do estaba el Santísimo Sacramento, como si fuera el resplandor del sol a medio día, y dijo: «Señor, ¿para mí son menester muestras visibles? Vos sabéis que creo que estáis ahí tan poderoso y tan entero como en los altos cielos». Otra vez, estando él diciendo misa, vio una persona religiosa que una paloma blanca le andaba revolando sobre la cabeza, y no se le apartó hasta que hubo consumido. Y tratándole de esta visión le dijo que como no se aparejaba como convenía, así no era digno de recibir la gracia del Espíritu Santo, y que por eso convidaba y llamaba Dios, pero que se quedaba fuera la paloma por sus pecados. Mas lo sencillo es que le regalaba Dios interiormente con su consuelo y exteriormente con milagros, para que fuese de todos honrado el que en sus ojos y propia estimación era tan abatido.

Estando en oración en el coro, por veces le levantaban de do estaba y le ponían sobre las barandas para echarlo de allí abajo, y él, conociendo que era nuestro adversario, le decía: «Haz todo lo que el Señor te diere licencia», y luego le soltaba. Aparecíale el demonio con una multitud de mozuelas en corro, que las traía bailando y tañendo, pero viendo cuán poco efeto hacían volvían y tornábanse a ir. Apareciόle el enemigo una vez en figura de oso, muy feroz y espantoso, echándole las garras a la cabeza y cuello, diciéndole: «¿No me temes

tú?». Respondióle el santo: «No por cierto. ¿Y quién eres tú para que te haya de temer?». Así luego desapareció. Pasábanle estas tragedias delante el Santísimo Sacramento, de donde el demonio salía siempre llorando y el santo quedaba con victoria, por el auxilio que tan por experiencia hallaba cada vez en su patrón Cristo.

Capítulo 80
De la paciencia que tuvo en sus enfermedades de lepra

Desta tierna consolación dicha le nacía la fortaleza grande de que gozaba en sus tribulaciones, pues en trece años de enfermedad más pesada que la de San Lázaro, nunca dijo palabra desabrida ni malsonante, aunque le ponía en estremo las llagas y dolores que padecía. Su perpetuo decir era: «Alabado sea el nombre santo del Señor, que fue servido de visitar este indigno siervo suyo». Y encarecía con gran gusto el bien de su penalidad diciendo que tenía en más aquella enfermedad que Dios le había dado que la mayor dignidad que el mundo le podía ofrecer, y que se holgaba más de verse leproso que de ser prior de México, porque en la enfermedad hallaba consuelo y en la honra muchas penas.

Su gran sabiduría y prudencia en regir los años que gobernó su Orden, su justicia suave, su fructuosa doctrina, tiénenla bien en memoria sus hijos, como de un tan célebre y famoso pastor. Y su estraña paciencia muestra bien que con levantarle un falso testimonio y con conocer la persona que le perseguía, jamás le negó un rostro apacible, y siempre la confesó y amonestó para sacarla de pecado. Éste era su particular intento: hacer siempre bien a los que mal le hacían, amando de corazón siempre a sus enemigos, como fiel imitador de Cristo, enemigo de su propia carne, y por esto eran grandes sus asperezas.

Su vida era jamás comer carne, porque siempre seguía la comunidad de su Orden. Todas o las más noches se azotaba un gran espacio de tiempo antes de maitines y después de maitines. Y lo que más lloraba en su larga enfermedad era el regalo que sus frailes le hacían por guarecerle la vida, y decía muchas veces que se holgara de hallarse en un despoblado por gozar allí solo del consuelo de la mano de Dios, y carecer de todo alivio terreno. El que con Dios era tan pío y consigo tan riguroso, ¿qué sería con sus prójimos? Tanto que hubo quien dijo: «Hasta que el Padre fray Cristóbal de la Cruz ruegue por mí a Dios, nunca yo dejaré mis faltas». Fue estremado en la gracia que tenía de convertir almas, y así le confesaba como por don excelente que alma que a sus manos viniese no saldría sin remedio.

Capítulo 81

De dos estraños milagros que el Señor hizo por medio de este su siervo en la conversión de dos malas nujeres

Dos doncellas bien determinadas de seguir la profanidad del mundo y sus deleites carnales le ofreció Dios al santo fray Cristóbal, las cuales puso tan firmes en la castidad y hizo tan santas monjas que ni por razones, ruegos ni amenazas, ni por mil trabajos y persecuciones de malos tratamientos y testimonios que las levantaban en sus cosas, jamás pudieron moverlas ni apartarlas de su intento santo. Otras dos mujeres de escandalosa vida con quien peleaba la santidad de México sacó de mal estado este santo padre y las hizo santas con admiración del mundo, aunque más admiró lo que pasó con otra mujer en la mesma ciudad de México. La cual, habiéndole dado su marido de puñaladas sin razón, y estando para morir, estaba pertinaz y desesperada que no quería perdonar a su marido ni confesar sus pecados. Llegó el siervo de Dios a esta coyuntura; fue tanta la fuerza y dulzura de sus palabras que redujo y convirtió esta mujer, convenciéndola a que perdonase y se confesase, y dijese que por sus pecados conocía haberla Dios castigado, y así partió desta vida la alma que estaba tan perdida.

Más notable y de eterna memoria fue aquella tan sonada conversión de doña Ana Tremiño en México, la cual, aunque mujer de bien y cristiana, pero tan aficionada a las cosas y galas deste mundo y de las demás cosas que en él se usan, cuanto lo muestra bien la congoja y ansias de su muerte. Era una de las más hermosas y gallardas mujeres deste siglo; pero, en fin, adoleció en una grave enfermedad y llegó a que los médicos la desahuciaron. Dolíale tanto el apartarse deste mundo que comenzó a desesperar, con grande despecho de la salud de su alma; en tanto grado que, viéndose más al cabo de la jornada, la importunaban que se confesase y encomendase a Dios. Respondía ella que no había para qué, pues que Dios no le había de perdonar ni haber misericordia della. Aunque acudieron muchos religiosos y personas pías de muchas partes, procurando cada cual por sí de sacarla de su error y traerla al conocimiento de su daño y [a]l amor de su remedio, no hubo efeto. Volvíanse todos con sumo desconsuelo de ver el poderío que el enemigo malo tenía en aquella criatura de Dios.

Vino a noticia deste siervo de Dios, fray Cristóbal, este caso lamentable por la voz de todo el pueblo, que de tal desventura andaba turbado. Como tan virtuoso, partió en la virtud de Dios, rogando a algunos religiosos de su convento para que le encomendasen a su Majestad que le diese gracia y fuerzas para ayudar a salvar aquella alma. Entrado, pues, donde la enferma estaba, comenzó de hablarla y amonestarla que se volviese a Dios y se confesase; pero ella, perseverando en su obstinación, lo mesmo le respondió que a los demás, diciendo que pues Dios no había de haber misericordia della, que no quería confesarse. Inspirole

Dios a este su siervo un nuevo y estraño medio como para enfermedad tan peligrosa era necesario, y así se determinó tomar sobre sus hombros esta ánima descarriada para traerla al rebaño de Cristo. Y rogándole mucho que estuviese atenta, comenzole a referir los muchos privilegios de que los frailes gozan en la religión, y cuán aceptos son al Señor que sirven, y que él era uno de ellos, sacerdote que cada día celebraba el misterio de la pasión de Cristo.

Fuele contando sus ejercicios, sus diciplinas y ayunos, y los muchos regalos que el Señor le hacía en la oración, hasta decirle que ya sabía que le tenían por santo y que mediante el Señor, de quien procedía todo bien, tenía confianza que le hacía el Señor merced en lo que le suplicase. Y preguntándole que si era razón que el que estos bienes poseía desconfiase de la misericordia de Dios, respondió ella con un nuevo ánimo: «No tiene por qué desconfiar quien de Dios ha recibido tantas mercedes». Díjole entonces el santo fray Cristóbal: «Pues si vos os viésedes con todos estos bienes, o con el mérito de ellos, ¿qué haríades?». Respondió ella: «Ternía yo mucha confianza que Dios habría misericordia de mí». Dijo él: «Pues porque veáis, hija, cómo deseo yo vuestra salvación, confiado de la misericordia divina, yo os hago donación de todo el mérito de muy buenas obras hasta hoy, para que como vuestras os valgan delante el sumo juez. Y si confesáredes vuestros pecados con verdadera contrición y arrepentimiento, yo tomaré sobre mí el dar cuenta de ellos a Dios, y haré la penitencia que vos habíais de hacer por ellos, para que por la sangre del Redemptor y por lo que yo pongo por vos y vos ponéis de vuestra parte, partáis de esta vida absuelta de vuestras culpas».

Fueron de tanta fuerza y eficacia las palabras y razones de este siervo de Dios, que la que estaba rebelde y desconfiada pidió con lágrimas y grandísima contrición que la confesase, confiando ya en el Señor por el fervor deste siervo de Dios. Y así recibió todos los sacramentos con tanta admiración de todos que no lo creían, y con tanto gozo y alegría del buen Padre como lo pedía tal ventura. Y así, antes que se partiese de allí, la dejó muy quieta y sosegada, con firme confianza de su salvación, avisándole que llamase a Santa Úrsula y las once mil vírgines, de quien él era muy devoto, a las cuales le dio por fiadores de lo que le había prometido en nombre de Dios. Llegose la hora de dar el alma a su Criador aquella buena mujer, y los que allí estaban quisieron encender las candelas para ayudarla a bien morir; a lo cual ella acudió diciendo que esperasen, que aún no era tiempo. Después de ahí a un rato, con rostro muy alegre dijo: «Encended las candelas, que vienen las santas vírgines». Hecho esto dio el alma a su autor, quedando todos con grandísima confianza que la recibió en su gran misericordia. Por lo cual el bendito Padre hizo toda su vida gracias al Señor, por tan grande merced como aquella de que por medio suyo se hubiese salvado aquella alma redemida con su sangre preciosísima.

Capítulo 82

De la última enfermedad y bienaventurada muerte del santo fray Cristóbal de la Cruz

Después desto le dio el Señor una grave y pesada enfermedad que por trece años le afligió en sumo grado. Fue común opinión que le procedió de quererle dar el Señor, en ésta, la penitencia de los pecados que tomó sobre sí desta mujer que ganó para el cielo, aunque él no le ponía otro nombre sino ser una visita misericordiosa de la mano del Señor. Ésta fue una lepra o mal de San Lázaro, de que se puso tan llagado cabeza y todo el cuerpo que no había quién se le quisiese llegar, sino un fiel hijo que tuvo, religioso hecho de su mano, que hasta la muerte no le desamparó. El cual dio buen testimonio de ser hijo de tal padre en su mucha virtud y ejemplos santos; en lo cual dice bien quién es Dios en pagar lo que por sus siervos, y particularmente enfermos, se hace. Y tal como este, que por junta de médicos era dado por contagioso, y así se guardaban dél, aunque no todos, porque los que sabían el misterio antes le visitaban con más frecuencia por no perder el fructo de su alta doctrina.

No fue parte la enfermedad para escusarse de los cuidados del gobierno, porque le encomendó la obediencia, como a varón importante, a que fuese prior del convento de México, y después maestro de novicios, y últimamente provincial. Lo cual, aunque le doblaba los dolores, por la fuerza que padecía y por los trabajos del oficio, por el amor de la cruz, con la gracia del Espíritu Santo, de la mesma enfermedad cobraba fuerzas; y con sus graves males, sin buscar regalos, corría cerca de docientas leguas de visita, como ángel de Dios, consolando, confortando, administrando a sus hijos con su vista. Destos largos trabajos le agravó mucho más la enfermedad, y fue tanto lo que padeció en una año que por revelación del cielo supo que era más que lo que había sufrido en los doce pasados. Era notable el deseo que tenía de verse suelto de las prisiones del cuerpo por no ser penoso a sus hermanos, a los cuales él decía que no tuviesen temor, que aquel mal no les podía empecer a nadie, dando a entender que su plaga era del cielo, por las culpas de aquella mujer que arriba contamos.

Absuelto de su oficio por haberle agravado tanto la enfermedad, se llegó el tiempo deseado, y entrando a visitarle un médico que muchas veces le decía que no moriría tan presto, lo cual él no admitía de buena gana, y viéndole tan al cabo le dijo que ya estaba cerca de su deseado día. Diole muchas gracias, alabando al Señor y pidiendo el Santísimo Sacramento, y cuando se lo trajeron delante dijo con grandísima devoción y sentimiento: «Yo creo verdaderamente que eres Dios, verdadero juez universal de los vivos y de los muertos, y que has de dar vida eterna a los que guardaren tu ley, y fuego sin fin a los que la quebrantaren. Creo que todos los que de la unidad de la Iglesia Católica Romana se apartan morirán para siempre».

Sería como a las once del día cuando, habiendo recebido la extrema unción, conoció llegarse ya la hora, y volviéndose a los circunstantes dijo: «¡Válasme Dios, y qué mala es de salir esta alma del cuerpo!». Y reposando como hasta la una abrió los ojos, y poniendo las manos comenzó a mirar a los que allí estaban, como que razonaba con ellos. Y sin hacer algún movimiento dio el alma al Señor. Todos llegaron luego a besarle las manos, y acudiendo a buscar los paños de sus llagas, de que antes hacían asco, los tomaban y ponían sobre sus ojos y besaban con su boca, y los guardaban como reliquias de santo. Toda la ciudad de México se congregó a la hora de su enterramiento, y la voz de todos era ésta: «Santo de Dios, rogad por nos». Este es el fin de aquel que habiendo sido tan perdido pecador como se vio al principio, vino a ser tan escogido de Dios como nos dice su muerte y vida, para que se animen a buscar a Dios los pecadores y vivan con temor los que están en estado de santos, pues de piedras toscas levanta Dios hijos de bendición, cual este santo fue en la Nueva España, donde ganó el cielo tan conocidamente.

Capítulo 89

De la grande devoción y contemplación que tenía en Dios el santo fray Cristóbal

Era por estremo grande la devoción que tenía a la imagen de Cristo crucificado y, así, le hallaban casi siempre derribado a sus pies, lavándolos con sus abundosas lágrimas; donde, si el sueño le fatigaba por su trabajo continuo y cansa[n]cio, se magul[l]aba el rostro, dándose de golpes y torciéndose los pulpejos de los brazos para avivarse así con el dolor, y despedía el dormir. Pero ya que el sueño corporal no le rendía, vencíale el divino y celestial, y trasportábase en oración, de suerte que teniendo los ojos de la carne abiertos, parecía estar difunto.

Acaeció que una vez, andándole a buscar por la casa para que viniese a cierta necesidad que se ofreció, lo hallaron en la oración, y llamándole a voces no oía. Llegándose a él, aunque con harto pavor, tirándole de la ropa y dándole voces, no respondía. Hasta que a cabo de buen espacio comenzó a alegrar el rostro y responder, así como un hombre que habla entre sueños. Y diciéndole el que le despertaba: «Padre, el Virrey ha rato que espera a vuestra paternidad para que coma con él», respondió él: «Harto mejor comida tenía yo, por cierto». Tome cada cual para sí este hecho, y de los demás de estos varones santos, el considerar la libertad cristiana que en sus corazones tenían y el señorío con que pasaban los dichos del mundo, cuán poco se le daba a este siervo de Dios que le viesen en oración, o viesen sus lágrimas y oyesen sus diciplinas, o contemplasen sus abstinencias. Tan sin recelo comía él su pan y agua ante todo el convento, y tan sin pena sacaba su acíbar para echar en las legumbres que comía cuando eran fiestas solemnes o pascuas (que traía en un cañutillo para el efeto), y tan sin recato servil se ponía en cruz ante su Señor, abiertos sus brazos, como

si no hubiera hombre que lo notara, como si todos los que le veían fueran gente bárbara y sin discurso. Ésta es la franqueza de los corazones justos y amigos de Dios, que como gente querida y privada del altísimo Señor no estiman en cosa dichos de hombres, sino que su conversación y trato era en los cielos, no se había de captivar a qué dirán los hombres.

Tan estrañamente andaba ajeno al mundo, que muchas veces le hablaban y no respondía palabra. Estando en una ciudad tan populosa como México, jamás salía del monasterio, si no fuese fuerza de la obediencia para hacer algún bien a los pobres. Ira, ni enojo, ni porfía, ni preguntar por cosas de la tierra, así se hallará en él como si no viviera en el mundo. Imaginación de pretensión, ni cuidado deseoso de vestidura, ni libros, ni otras cosas semejantes de las que suelen congojar espíritus de hombres que se precian de espirituales, ni memoria había en esta alma escogida. ¿Pues qué maravilla que quien tan libre estaba al mundo, y tan libre de captiverios locos cuales suelen hallarse aun en pechos muy letrados, no se le diese cosa de los ojos de carne a quien así andaba preso de los divinos? Quien sólo pretendía agradar a Dios, ¿por qué había de hacer de los mortales? Siendo sus cosas tan regladas por la ley divina y viviendo tan conforme a lo que la Santa Iglesia ordena, ¿por qué había de tener temor del aire?

Apéndice II: Antonio de San Román

Consuelo de penitentes, o mesa franca de spirituales manjares. Compuesto por el R. P. F. Antonio de San Román, de la Orden de S. Augustín, Prior en la ciudad de Cuenca y Consultor del sancto officio de la Sancta Inquisición de Sevilla. Ahora nuevamente corregido y enmendado por el mismo autor, en esta segunda impresión,
Sevilla, Andrea Pescioni-Juan de León, 1585.
[Se reproducen los fols. 471r-472v, que tratan de fray Tomás del Rosario]

[...] Era por estremo la devoción grande que tenía a la imagen de Cristo crucificado, y así le hallaban casi siempre derribado a sus pies, lavándolos con sus abundosas lágrimas. Donde, si el sueño le fatigaba por su continuo cansancio, se magullaba el rostro dándose de golpes y torciéndose los molledos de los brazos, porque así se avivaba con el dolor y despedía el dormir. Pero ya que el sueño corporal no le rendía, vencíale el divino y celestial, y transportábase estando en oración, de arte que teniendo los ojos de la cara abiertos, parecía estar difunto.

Acaeció que andándole a buscar por la casa para que viniese a cierta necesidad que se ofrecía, le hallaron en la oración, y llamándole a voces no oía. Llegándose a él, aunque con harto pavor, tirándole de la ropa y dándole voces, no respondía. Hasta que a cabo

de buen espacio comenzó a alegrar el rostro y responder, así como un hombre que habla entre sueños. Y diciéndole el que le despertaba: «Padre, el Virrey don Luis de Velasco ha rato que espera a vuestra caridad para que coma con él», respondió: «Harto mejor comida tenía yo, por cierto». Tome cada cual para sí de este hecho, y de los demás de estos varones sanctos, el considerar la libertad cristiana que en sus corazones tenían y el señorío con que pisaban los dichos del mundo, cuán poco se le daba a este siervo de Dios que le hallasen en oración, o viesen sus lágrimas y oyesen sus disciplinas, o contemplasen sus abstinencias. Tan sin recelo comía él su pan y agua ante todo el convento (que éste era su ordinario), y tan sin pena sacaba su acíbar para echar en las legumbres que comía cuando eran fiestas solemnes o pascuas (que traía en un cañutillo para el efecto), y tan sin recato servil se ponía en cruz ante su Señor, abiertos sus brazos, como si no hubiera hombre que le notara, como si todos los que le veían fuera gente bárbara y sin discurso. Y ésta es la franqueza de los corazones justos y amigos de Dios, que como privados del Altísimo no estiman en cosa dichos de hombres. Un hombre de Dios como éste, que viviendo en carne no hacía vida entre los hombres, sino que su conversación y trato era en los cielos, no se había de captivar al qué dirán.

Tan estrañamente andaba ajeno del mundo, que muchas veces le hablaban y no respondía palabra. Estando en una ciudad tan populosa como México, jamás salía del monasterio, si no fuese fuerza de la obediencia para hacer algún bien a los pobres. Ira, ni enojo, ni porfía, ni preguntar por cosa de la tierra, así se hallará en él como si no viviera en el mundo. Imaginación de pretensión, ni cuidado de cosa de su vestidura, ni libros, ni otra semejante de las que suelen congojar espíritus de hombres que se precian de espirituales, ni memoria había en esta alma escogida. ¿Pues qué maravilla era que quien tan horro estaba del mundo, y tan libre de captiverios locos cuales suelen hallarse aun en pechos muy letrados, qué maravilla es que no se le diese nada de ojos de carne a quien así andaba preso de los divinos? Quien sólo pretendía agradar a Dios, ¿por qué había de hacer caso de los mortales? Siendo sus cosas tan regladas por la ley divina y viviendo tan conforme a lo que la Iglesia Sancta ordena, ¿por qué había de tener temores del aire?